

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 278



Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C.
Lago Ginebra No. 47 C, México
17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de
2a. clase en la Administración
de Correos No. 1 de México, D.F.
el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín
Meana.

**Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial.**

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal

DISEÑO GRAFICO

Jorge Silva Izazaga

ASESORES CULTURALES

Joaquim Montezuma de
Carvalho
César Tiempo

COORDINACION

Berenice Garmendia
Daniel García Caballero

COLABORADORES: Luis Híjuelos Febles, Víctor Maicas, Emilio Marín Pérez, Albino Suárez, Juan Cervera, José Armagno Cosentino, Luis Ricardo Furlan y Jesús Hernández.

El contenido de cada artículo
publicado en esta revista, es
de la exclusiva responsabilidad
de su firmante.

Impresa y encuadrernada en
los talleres de IMPRESOS RE-
FORMA, S.A., Dr. Andrade 42
Tels.: 578-81-85 y 578-67-48,
México 7, D.F.

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA

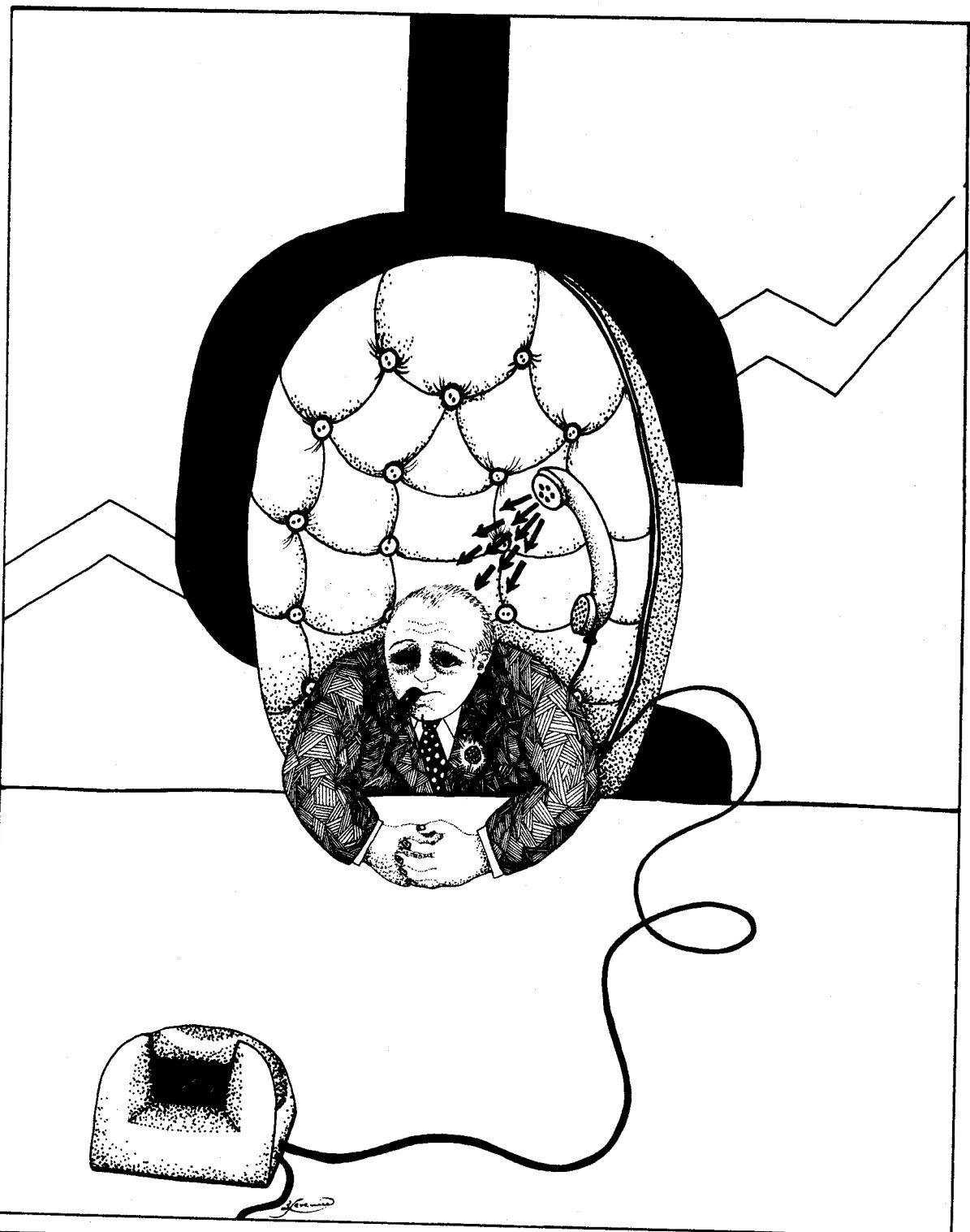
No. 278

S U M A R I O

EDITORIAL: EL SINDROME ESPAÑOL VI.	
EL GOZO INCONSCIENTE EN LA RUINA	5
COMO PROVOCAMOS NUESTRA MAXIMA TRAGEDIA	14
LA FASCINACION CON LA MUERTE EN ESPAÑA.	16
Stanley Meisler	16
HIPOTESIS DEL HISTERISMO ESPAÑOL.	
José Ortega y Gasset	18
"A LA MEMORIA DE EDUARDO L. FUENTES".	
Ruth Delfina Saldaña	21
LUTO EN LAS LETRAS MEJICANAS. Emilio Marín Pérez	22
LA BANDERITA DE LOS CAMIN. Eduardo Avilés Ramírez	24
"ESPEJO DE MANO". Alfonso Camín	28
"LA MUERTE SONRIENTE". "POEMA DE AMOR".	
Elsa Baroni	30
FELICITY RAINNIE, Jorge Silva	31
TRES NOCTURNOS DE CORDOVA ITURBURU	37
DEL LIBRO "SEGUNDA ORACION". Adolfo Lozano	44
EL MAMIFERO HIPOCRITA IV. Fredo Arias de la Canal	45
CARLOS CASTILLO DEL PINO Y EL PSICOANALISIS	
EN ESPAÑA. Blás Matamoro	54
PEQUEÑA ANTOLOGIA DE JAIME QUEZADA	59
CARTAS DE LA COMUNIDAD	63
PATROCINADORES: 2a. de forros	

PORADA Y CONTRAPORTADA: Felicity Rainnie

El Frente de Afirmación Hispanista, A. C. envía gratuitamente esta publicación a sus asociados, patrocinadores, simpatizantes y colaboradores; igualmente, a los diversos organismos culturales privados y gubernamentales de todo el mundo.



EL SINDROME ESPAÑOL VI

El gozo inconsciente en la ruina

Américo Castro (1885-1972), en la introducción de *La realidad histórica de España* (1965), dijo:

"Se han escrito cientos de miles de páginas desde hace siglos sobre las fallas y fracturas de que adolece la comunidad española; se han dedicado en cambio muchísimas menos a identificar y a hacer comprensible quién y cómo sea dicha comunidad. Se habla de la psique o de la "idiosincrasia" española, como si el temperamento y el carácter pudieran ocupar, sin más, el lugar de los seres humanos así temperamentados y caracterizados."

Creo que pocas personas podrán negar el hecho de que en nuestros pueblos los intelectuales, o sean, los pensadores analíticos, se dan muy de tarde en tarde, y por el contrario, los líricos, o sean, los pensadores que dan pábulo a la imaginación y que se refugian en dogmas y utopías, se dan como las flores silvestres. Somos pobres en lo socrático y ricos en lo dionisíaco; mas, como excepciones a la regla España ha engendrado a un Ramón y Cajal, a un Ortega y Gasset, a un Marañón, a un Madarriaga, a un Américo Castro, que se han destacado por su inteligencia analítica, la que han enfocado a diversas ramificaciones del saber humano. Que los hispanos no sepamos aquilatar y mucho menos comprender la obra de estos egregios está fuera de duda, mas quizás en el futuro los sociólogos que estudien la desaparición de los pueblos hispánicos se sorprendan de que hubo seres inteligentes que comprendieron el masoquismo acentuado de su raza e hicieron esfuerzos sobrehumanos por contenerlo, exhibiéndolo ante las impávidas miradas de sus contemporáneos.

Ramiro de Maeztu (1875-1936), expresó que la historia de España había sido la historia de una decadencia y que *El Quijote* no era más que un testimonio que la confirmaba como tal, mas Ortega negó tal decadencia arguyendo que no podía decir algo que siempre estuvo enfermo. Así sustituyó la palabra decadencia por la de enfermedad. Veamos lo que dijo en *La ausencia de los valores de su libro España invertebrada*:

"Si se habla de decadencia, como se habla de enfermedad, tenderemos a buscar las causas de ella en acontecimientos, en desventuras sobrevenidas a quien la padece. Buscaremos el origen del mal fuera del sujeto paciente. Pero si nos convencemos de que este no fue nunca sano, renunciaremos a hablar de decadencia y a inquirir sus causas; en

vez de ello, hablaremos de defectos de constitución, de insuficiencias originarias nativas, y este nuevo diagnóstico nos llevará a buscar causas de muy otra índole, a saber: no externas al sujeto, sino íntimas, constitucionales.

"Este es el valor que tiene, para mí, transferir toda la cuestión de la Edad moderna a la Edad Media, época en que España se constituye. Y si yo gozase de alguna autoridad sobre los jóvenes capaces de dedicarse a la investigación histórica, me permitiría recomendarles que dejaren de andar por las ramas y estudiasen los siglos medios y la correspondiente generación de España. Todas las explicaciones que se han dado de su decadencia no resisten ni cinco minutos del más elemental análisis. Y es natural, porque mal puede darse con la causa de una decadencia cuando esta decadencia no ha existido."

Américo Castro en la introducción a la obra citada, se preocupó también por analizar el cuerpo español:

"Sería urgente reemplazar la vulgar noción de decadencia española, por justas ideas acerca de cómo eran la forma y el funcionamiento del vivir español que decaía. Sobre ello se aducen explicaciones exteriores a la vida (guerras, escasez de población, etc.). No se piensa que hay tierras superpobladas cuyos habitantes nada producen en verdad digno de mención, y pueblos pequeños en donde aconetece todo lo contrario. Las guerras han sido a veces punto final, y en otros casos, puntos de partida. Por todo lo cual hemos de preguntarnos cómo eran —ellos y sus vidas— los españoles cuyo país fue haciéndose desde fines del siglo XVI cada vez más pobre y más ignorante. No sabíamos aún el motivo de haber sido tan inútil económicamente para los españoles el fabuloso imperio de las Indias."

Castro tocó un punto muy sensible en cuanto a la salud de los pueblos y las naciones se refiere: la economía. Para el neurótico el aspecto de su economía siempre está, salvo raras excepciones, en dificultades. Y esto se debe esencialmente a su adaptación inconsciente masoquista. Una persona adaptada al rechazo, provocará su propia ruina tantas veces como tenga oportunidad para ello. El ejemplo clásico es el del jugador que se sienta a la mesa con la pretensión manifiesta de ganar, pero con la intención secreta de perder. Se repli-

cará entonces que hay negociantes y políticos ricos, mas quien analice bien a estas personas verá que están gozando otro tipo de masoquismo ya sea a través de matrimonios mal avenidos o bien de sumisiones vergozantes. En *Psicopatología del "primer impulso" y del "primer pensamiento" en los neuróticos* (1947), Bergler nos dice:

"Un ejemplo es el típico hombre de negocios cuya habilidad de ganar dinero no está inutilizada, pero sin embargo sí lo está su capacidad de disfrutar de los rendimientos de su trabajo. Si esta persona se casa con una buscaportunas agresiva, mujer que lo maltrata y explota, entonces cada peso que gane lo usará de manera masoquista."

Como dice Castro, son muchas las personas que se han preocupado por la historia de España, pero muy pocas por identificar y explicar sus fenómenos. Si para los marxistas o smithonianos el aspecto económico es el motor principal de la humanidad, reto a cualquiera de ellos a explicar por qué a los españoles jamás les importó endeudarse hasta poner en peligro su soberanía. Y como no me gusta dogmatizar me remitiré a varios ejemplos. El primero está en el *Cantar de mio Cid*, donde se advierte que jamás habla el juglar de devolver el empréstito que Raquel y Vidas, judíos de Burgos, le otorgan al paladín castellano:

Habló entonces mio Cid,
el que en buena ciñó espada
«¡Martín Antolínez, vos
»que tenéis ardida lanza
»si yo vivo he de doblaros,
»mientras pueda, la soldada!
»Gastado ya tengo ahora
»todo mi oro y mi plata;
»bien lo véis, buen caballero,
»que ya no me queda nada;
»necesidad de ello tengo
»para quienes me acompañan;
»a la fuerza he buscarlo
»si a buenas no logro nada
»Con vuestro consejo, pues,
»quiero construir dos arcas;
»las llenaremos de arena
»para que sean pesadas,
»de guadamecí cubiertas
»y muy bien claveteadas.»
»Los guadameciles rojos
»y los clavos bien dorados
»Buscad a Raquel y Vidas
»decidles que me han privado
»el poder comprar en Burgos,
»y que el rey me ha desterrado,
»y que llevarme mis bienes
»no puedo, pues son pesados;
»y empeñárselos quisiera
»por lo que fuese acordado;
»que se los lleven de noche
»y no los vean cristianos.
»Que me juzgue el Creador
»junto con todos sus santos,
»que otra cosa hacer no puedo,
»y esto por fuerza lo hago.»

El numismático Donald Hoppe en su libro *Inversión en monedas de oro* nos informa:

"Los conquistadores cristianos de España adoptaron el *dinar* musulmán cambiándole en nombre a *maravedí* e inmediatamente redujeron su peso a 56 granos (un grano = .064798 gramos). Apenas España empezó a conocer el nuevo maravedí cuando su degradación comenzó a sentirse. A principios del reinado de Jaime I de Aragón, en el siglo XIII, el maravedí se había reducido a 14 granos. Bajo el régimen de Alfonso el Sabio sólo contenía 10 granos de oro y pronto después se hizo tan pequeño que no continuó en circulación. Más tarde, el maravedí se convirtió en una moneda de pla-



ta de 26 granos. Mas el destino del maravedí de plata fue parecido al del de oro porque también se degradó a tal punto que sólo se usaba como una unidad teórica; su contenido de plata en la época de Fernando e Isabel era de menos de 1.5 granos, insuficiente para manufacturar una moneda."

El premio "Vasconcelos", Ubaldo di Benedetto, en su ensayo **Los tres rostros de don Quijote** (1970), al comparar magistralmente el masoquismo de Cervantes con el masoquismo nacional expresó:

"A esto se sumaba la natural depresión acumulada en el veterano Cervantes como resultado de los desastres militares que siguieron a la derrota de la Armada, y las consiguientes precarias condiciones económicas del reino, que anunciaban el fin de los sueños de una gran nación y los de su gran escritor. El doloroso despertar llevó a Cervantes y al pueblo a enfrentarse con la realidad. ¿Cómo era posible que no viera en los desastres militares, las tres bancarrotes nacionales, los 100 millones de ducados de deuda, los intereses que se pagaban a los banqueros genoveses y alemanes, que excedían a la renta nacional; las calles plagadas de hidalgos holgazanes y tullidos veteranos sin oficio, la inflación económica y el perdido orgullo nacional, el desgraciado fin del ambicioso plan imperial de los monarcas austriacos, los quijotescos caballeros andantes de Europa? Los historiadores de hoy parecen estar de acuerdo en que los planes imperiales de los Habsburgo eran demasiado ambiciosos, por no decir totalmente irreales. Petrίe lo resume así: «España no podía al mismo tiempo colonizar las Américas, contener a los turcos, mantener a Francia encerrada en sus fronteras, combatir la herejía, mantener en el poder a los Habsburgo de Austria y luchar por la supremacía marítima contra Inglaterra.» Cervantes afirma esto mismo cuando leemos: «El intentar las cosas de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentarse aquellas a que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura.»

"Cervantes comprendió que los reyes de España simbolizaban las ilusiones y desilusiones de su patria; pero lo que le debió hacer temblar fue darse perfecta cuenta de que su propia vida frustra-

da se parecía a la de los monarcas. La visión de un rey quijotesco y de su quijotesco soldado lo ayudó en gran parte a dar forma a su novela como sátira política y como parodia personal y a unir el cuento cómico con la trágica realidad histórica. «No quiso llorar, y sonrió...», comenta Maeztu. «Fue el Quijote su gesto bello ante la muerte que lo amagaba...» Este modo de enfocar la gran novela de Cervantes lleva consigo ese «sentido psicológico de verdad» que no obtenemos cuando vemos en la novela sólo una divertida historia, un ataque a los libros de caballería, a todas vistas anacrónico."

El lunes 16 de febrero de 1846 el presidente Polk de los E. U. A. escribió la siguiente relación en su diario que nos informa de los consejos gratuitos de Santa Anna y del estado financiero del país:

"Lunes 16 de Febrero de 1846. Vi gente hoy hasta las 12 del día, habiendo concurrido un número inusitado de personas. Entre otras el Coronel A. J. Atocha, el caballero español que tuvo conmigo una conversación el día 13 del actual; se presentó a hora temprana. Le di una audiencia de cerca de una hora, hasta que mi mensajero anunció que había muchas personas esperando en la antecámara. El no había concluido su conversación y, por consiguiente, le dije que lo vería yo a las 2 y media de la tarde de hoy.

"Exactamente a las 2 y media de la tarde se presentó el Coronel Atocha y le concedí una nueva audiencia de más de una hora. Tuvo conmigo una larga conversación sobre las actuales condiciones de México y las relaciones de los EE. UU. con aquel Gobierno. Repitió que había dejado al General Santa Anna en La Habana hacía cosa de un mes; y reiteró también la conversación que había yo tenido con él, según se asentó en este diario el día 13 del actual. Repitió que el General Santa Anna estaba en favor de un Tratado entre México y los EE. UU. por medio del cual aquel país cedería a los EE. UU. a cambio de una compensación pecuniaria, toda la comarca al Oriente del [Río Grande] del Norte, y al Norte del Colorado del Oeste, y había mencionado 30 millones como la cantidad que le sería satisfactoria. Le hice entonces la observación de que México tendría que satisfacer las reclamaciones de los ciudadanos americanos y que si el Gobierno de México tenía alguna proposición que hacer tal como la que sugería,



se tomaría en consideración cuando se hiciera. A esto el Coronel Atocha me dijo que no había Gobierno o Administración en México que se atreviera a hacer semejante proposición, porque si la hiciera, sobrevendría otra revolución por medio de la cual sería derrocado. Dijo que necesitaban aparecer que se les obligaba a consentir en semejante proposición. Continuó dando su opinión y según dijo, la del General Santa Anna, sobre que los EE. UU. deberían tomar enérgicas medidas antes de que pudiera efectuarse ningún arreglo. Dijo que nuestro ejército debería marchar inmediatamente de Corpus Christi al [Río Grande] del Norte, y que debería reunirse una poderosa fuerza marítima en Veracruz; que el señor Slidell, Ministro de los EE. UU., debería retirarse de Jalapa, y mantenerse a bordo de uno de nuestros barcos de guerra en Veracruz, y ya en esa posición, debería exigir el pago de la suma que se debe a nuestros ciudadanos; que es bien sabido que el Gobierno Mexicano está imposibilitado para pagar en efectivo, y que cuando vieran una fuerza considerable lista para dar el golpe en sus costas y en la frontera, no tenía duda de que sentirían el peligro y vendrían en la línea divisoria que se sugería. Dijo que Paredes, Almonte y el General Santa Anna, estaban todos dispuestos en favor de semejante arreglo, pero que no se atreverían a hacerlo hasta que no fuera evidente para el Arzobispo de México y el pueblo en general, que era necesario eso para salvar a su país de una guerra con los EE.UU. Manifestó que las últimas palabras que el General Santa Anna le dijo cuando salió de La Habana hacía un mes fueron: "cuando vea usted al Presidente, digale que tome enérgicas medidas, y entonces podrá hacerse el Tratado, y yo lo sostendré". El Coronel Atocha dijo que el Gobierno de México debía al Arzobispo medio millón de pesos y que aquél se conformaría con la seguridad de que el Gobierno Mexicano le pagaría cuando los EE. UU. pagaran la compensación. Dijo que Paredes y Almonte estaban ambos en favor de semejante arreglo si es que se atrevían a hacerlo, y que el General Santa Anna, de acuerdo con ellos, los apoyaría. Dijo que el General Santa Anna le había dicho que las cosas podrían encontrarse en condiciones de que él pudiera regresar a México en Abril o Mayo y probablemente se haría cargo del Poder nuevamente, pero que él y Paredes necesitaban tener dinero para sostenerse. Dijo que con medio millón disponible podrían hacer el Tratado y mantenerse por unos cuantos meses hasta

que se pagara el saldo. Dijo que Arista* era amigo de los EE. UU. y estaba en favor de la anexión de los Departamentos del Norte a los EE. UU., y que por consiguiente, favorecería el arreglo. Dijo que Arista era dueño de una gran finca cerca de Monterrey, y estaba ansioso porque se efectuara la anexión. El Coronel Atocha insinuó su intención de regresar a La Habana, y según yo inferí, tenía deseo de llevar al General Santa Anna los puntos de vista del Gobierno de aquí. A esta insinuación no contesté nada, siendo mi propósito en la conversación obtener informes; pero no revelar mis propias miras. El Coronel Atocha, en quien yo no tendría confianza, es evidentemente un hombre de talento y educación, pero todas sus maneras y su conversación me produjeron la impresión de que no es de fiar, y que sería capaz de abusar de la confianza que se depositara en él si estuviera en su interés hacerlo. Por consiguiente, oí todo lo que me dijo, pero no le comuniqué nada a él. Me dijo que deseaba que yo viera al señor Brantz Mayer,** de Baltimore, antiguo Secretario de Legación en México, de quien dije ser muy íntimo y que podría darme muchos informes sobre el tema de los asuntos mexicanos. Y concluyó haciendo observar que nuestras dificultades con México nunca podrían arreglarse sino hasta que ostentáramos fuerzas importantes en las fronteras y demostráramos que estábamos resueltos a reclamar y obtener nuestros derechos..."

En las *Proposiciones a España para la compra de la isla de Cuba* (1848), que hizo el gobierno de los E.U.A. se advierte el problema crónico de los hispanos:

"(Debe admitirse que la Gran Bretaña tiene un pretexto más plausible para adquirir la posesión de la Isla de Cuba, que el que tenía como pretendido protector del Reino de los Mosquitos para apoderarse de las costas del Mar Caribe. La deuda exterior de España según McGregor y McCulloch, ascendía en Enero de 1842 a Lb. 65.000,000. El primer autor observa que "los gastos de España

* Mariano Arista, Comandante de las fuerzas mexicanas en las batallas de Palo Alto y Resaca de la Palma, mayo 8 y 9 de 1846. Presidente de México, 1850-1853.

** Brantz Mayer, de Baltimore, Secretario de Legación en México, 1841-1843. Uno de los fundadores de la Sociedad Histórica de Maryland y autor de varios libros sobre México.



exceden a sus ingresos, sin pagar un solo real de intereses sobre su deuda exterior"; y el último afirma con justicia que "la mayor parte de esta deuda se debe a los ingleses"; y que "los intereses sobre ella no han sido pagados durante un largo periodo de tiempo").*

"(Lord John Bentinck, en un debate sobre el asunto de la deuda española en la Cámara de los Comunes el 7 de Julio de 1847, teniendo a su disposición los mejores medios de obtener informes, manifestó con confianza que el monto de la deuda debida por España a los súbditos británicos y sobre la cual no se había pagado interés era de £ 46.000,000, o sean doscientos treinta millones de dólares.**) En su discurso, Lord Bentinck trató de probar a la vez **el derecho y la obligación de la Gran Bretaña de ir a la guerra con España**, para recobrar su deuda si ese objeto no podía alcanzarse de otro modo; y se refirió significativamente a los ingresos de las Islas de Cuba y Puerto Rico, que proporcionaban amplios medios no sólo de pagar los intereses sino de liquidar el principal. Lord Palmerston, en su respuesta, admitió el derecho del Gobierno Británico para emprender la guerra contra España, para el cobro de esta deuda; pero negaba que el medio fuese expedito conforme a las circunstancias existentes entonces. Concluía sus observaciones, sin embargo, declarando: "Pero ésta es una cuestión de conveniencia y no de poder; por consiguiente, ninguna nación extranjera que haya causado agravio a los súbditos británicos, puede engañarse por la falsa impresión de que la nación británica o el Parlamento Británico puedan permanecer por siempre inactivos ante el agravio; o de que si el pueblo de Inglaterra apela al Gobierno Inglés para que haga efectivos sus derechos, aquél no tenga suficientes facultades y medios a su disposición para hacerse justicia".)

"(Lord John Bentinck quedó tan satisfecho del discurso de Lord Palmerston, que retiró su proposición, sustituyéndola por un ocuso a su Majestad para que ésta diera los pasos que creyera aconsejables "a fin de que los tenedores británicos de bonos españoles no pagados obtuvieran una reparación del Gobierno de España", observando:

"«Después del tono asumido por mi noble ami-

go, estoy seguro de que nada les quedará qué desear a los tenedores de bonos españoles. Según las palabras de mi noble amigo, aparejadas con la conducta que se ha adoptado en otras ocasiones respecto del pago, a los súbditos británicos, por Portugal y los Estados Sudamericanos, los tenedores británicos de bonos españoles tienen plena seguridad de que en otros casos dará muestras de la misma energía cuando llegue el momento adecuado de darlas, tratándose de otros súbditos de la Corona. Esta intimidación se ha hecho a la nación española en el tono y lenguaje de mi noble amigo, y no dudo que el Gobierno se pondrá a trabajar sin pérdida de tiempo para hacer justicia a los acreedores extranjeros de España.)

"(En los actuales momentos, no es improbable que pueda acontecer una ruptura entre la Gran Bretaña y España. El Gobierno Español, con justicia o sin ella, eso no podemos juzgarlo todavía, ha adoptado la impetuosa e inusitada medida de enviar sus pasaportes a Sir Henry Buwer, ministro de Su Majestad Británica, y de ordenarle que salga del Reino dentro de cuarenta y ocho horas. Si de ese procedimiento resultara un rompimiento de hostilidades, no puede dudarse que Gran Bretaña inmediatamente se apoderaría de Cuba. En todo evento es casi cierto que, al presentarse la primera oportunidad que considere o sea favorable, Inglaterra trataría de obtener una cesión de esta Isla con el ostensible propósito de descargar al Gobierno Español de las deudas que se deben a sus súbditos. Y aquí ha de observarse que éstas van creciendo rápidamente por el aumento de los intereses caídos.)"

Esta carta tomada de la Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos. Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. Publicados por Genaro García (Edit. Porrúa, S.A.) nos da un panorama real de la situación financiera y política en aquellos días:

"Sr. Don N. N.

París, agosto 10 de 1861.

"Por el correo próximo de esa república he recibido la apreciable de usted fecha 28 de junio próximo pasado en la que tan minuciosamente se sirve pintarme el estado que entonces guardaba ese país. Hablando a usted con franqueza, no sé qué impresión haya sido mayor para mí, si la del

*MacGregor's Comercial Regulations, Vol. III, pág. 89, título. España; McCulloch's Gazetteer, pág. 45.

**Hansara, Vol. 93, pág. 285. Vide Niles, Register, Vol. 72, pág. 387.

sentimiento que me causó saber tantas desgracias y tantos infortunios como ustedes sufren, o la de la sorpresa originada al ver que aún espera usted un remedio pronto y radical sin más fundamento, como usted dice, que el de que es preciso, que la violencia misma del mal haga necesario el remedio. La violencia de cualquier mal, así físico como moral, demanda en efecto, con exigencia un remedio; pero usted reflexione que entre la necesidad y el remedio mismo hay una grande distancia; y yo desde luego reconozco con usted y con todo el que tenga sentido común, que **Méjico necesita un remedio; pero usted a su vez reconocerá conmigo y con todo hombre racional, que ese deseado remedio no se obtendrá si no se busca**, y encontrado que sea no surtirá sus saludables efectos si no se aplica con fe y voluntad resuelta. El interés que siempre me ha inspirado ese país me estimula a presentarle a usted algunas reflexiones que si usted en algo las aprecia verá la manera de que circulen, y si no las echará al olvido. Siempre he lamentado que ustedes pierden las oportunidades de salvarse; que **las revoluciones se suceden en ese país como las olas del mar y que jamás saben aprovechar una sola**, sino que al contrario las revoluciones no han traído otra consecuencia que provocar reacciones que con el transcurso del tiempo han venido a ser cada vez más desastrosas y crueles. En prueba de esta verdad no quiero sino que considere usted lo que ha sucedido en los diez últimos años, sin ir más lejos. La anarquía sostenida de la federación en tiempo de Arista provocó la dictadura de Santa Anna; esta dictadura fue ocasión para que triunfase la demagogia trayendo en sus manos la bandera de Ayutla. El despotismo de los hombres de Ayutla vino a resolverse en el plan de Tacubaya; las torpezas y violencias de los que se hicieron representantes de dicho plan facilitaron el triunfo a los constitucionalistas refugiados en Veracruz; el gobierno de éstos, arrasándolo todo, ultrajando todo, a la nación y al mundo entero, al hombre y a Dios, ha exasperado la revolución que acaudilla Márquez; y en estas oscilaciones, reflexionelo usted bien, y vea cómo se han ido gradualmente oscureciendo las escenas y aumentándose los horrores. La revolución de Jalisco en 1842 fue una revolución poco sangrienta y breve, que apenas dejó rencores; la revolución de Ayutla fue más larga y rencillosa y la presente es atrozmente bárbara. Al reconocer esa escala verá usted cómo han ido en aumento los crímenes desde el desenfreno de la prensa hasta el ultraje escandaloso y violen-

to del pudor de la mujer en las plazas públicas; desde el espionaje hasta las proscripciones y homicidios; desde el robo ratero hasta el sacrilegio; desde la ofensa a las garantías individuales hasta el incendio de haciendas y poblaciones enteras; desde la licencia de costumbres hasta la impiedad. No se puede ir más lejos; y sin embargo, usted no se alucine creyendo que después de ese conjunto de males que forman el ultraje de la familia, los destierros y asesinatos, los sacrilegios, los incendios y la impiedad, han de venir la calma y el buen viento, y que el general Márquez por sólo el hecho de tener las armas en las manos será el ángel salvador, porque aun juzgando a dicho general tan favorablemente como se puede juzgar a un hombre, dotado de valor, rectitud de sentimientos, honradez, etc., no veo ni de lejos que esté dispuesto a asirse de la única tabla de salvación en que él y la república pueden librarse de caer en el abismo. Sin esa tabla de que más adelante hablaré, la revolución del General Márquez **no hará más que aumentar el catálogo ya muy abultado y escandaloso de las revoluciones de Méjico**, aumentará la efusión de sangre y devastación del país y provocará otra nueva reacción demagógica que venga, no ya a cometer nuevos atentados más de los que ha cometido hasta la fecha, sino a perpetuarlos **convirtiéndolos en sistema normal hasta que Méjico desaparezca como nación libre e independiente**; y por todo fruto, el mundo, cuando esa última reacción demagógica se verifique, sólo verá que si el caudillo escapa de la muerte, viene por estos mundos como Santa Anna, Comonfort y en estos días el joven Miramón **a derramar el dinero a manos llenas**.

"Yo no sé si los hombres honrados de Méjico, dolidos de la situación presente y confiando la salvación de esa sociedad al triunfo del general, se habrán detenido en pensar cómo puede realizarse aquélla. Por lo que a mí toca, confieso que no alcancé el modo de cómo triunfando Márquez, o cualquiera otro que se encuentre en su caso, ustedes puedan reorganizarse y constituirse. He buscado en el manifiesto de dicho general, que se sirvió usted remitirme, si vislumbraba ese deseado modo y no he podido encontrarlo: lo único que en el citado documento he visto son ideas y apreciaciones justas; pero las buenas ideas sin una aplicación efectiva y práctica, son como las ruedas aisladas de una máquina, que por perfectas que sean en sí mismas, de nada aprovechan si no se les junta, ajusta y ordena bajo una fuerza que les

de movimiento. No basta, por lo mismo, en las grandes conmociones sociales sentir los males y conocer que ellos son consecuencia de haber subvertido los principios conservadores de la sociedad, y que para curar aquéllos es necesario restaurar estos principios; sino que además es necesario escoger con inteligencia y plantear con lealtad y firmeza un sistema de verdadera restauración; y ese sistema repito una y cien veces, no lo veo siquiera indicado, en el manifiesto, ni tengo esperanza que se plantee; y no piense usted que es porque no exista encontrado, sino porque **los mexicanos no quieren encontrarlo**.

"Más de una vez he tenido ocasión de admirar esa constancia con que los mexicanos se destrazan a sí mismos, como perros rabiosos, y me he dicho a mis solas: ¿possible es que tantos hombres tengan valor para matarse ignominiosamente y no haya uno solo de esos mismos que presentan el pecho a las balas, que desee morir con gloria, buscando la salvación de su patria, animado del noble sentimiento de hacer la felicidad de ocho millones de hombres?

"Fenómeno es este que no puedo explicarme; y hoy mismo no comprendo cómo el mismo Márquez, que en situación tan desesperada como en la que se encontraba la República a la entrada de los constitucionalistas en la capital a principios de este año, sin recursos de ningún género y no teniendo ante los ojos otra perspectiva que la muerte, tenga un arrojo que raya en heroísmo, para lanzarse a los peligros y le falte, por otro lado, la resolución de levantar un estandarte glorioso donde todo el mundo pudiese leer con claridad **un programa noble y franco de salvación**. ¿Qué inconveniente tendría el general Márquez en proceder de esta suerte? ¿Sería el miedo de perder la vida? No, porque ha desafiado a la muerte. La única razón que para esto encuentro es, que hay hombres que ven acaaso la vida con desprecio, y estos mismos tiemblan y se amilan ante una idea contrariada por la mala fe de los malvados, y por la preocupación del vulgo, sin reflexionar que semejante amilanamiento roba la gloria que pudiera conquistar el valor físico, sucediendo no pocas veces que el sacrificio de la existencia, que pudo haber sido glorioso por mil títulos, en defensa de un gran principio, se convierta en ignominia y baldón, porque le ha faltado el carácter de la grandeza de pensamiento, que marca en la historia de los pueblos la diferencia de los tiempos en que se ha pasado de la barbarie a la civilización, o de la desgracia, descon-



cierto y decadencia a la felicidad, orden y prosperidad. ¡Ojalá y los actuales jefes de la revolución conservadora de México llegasen a conocer la diferencia que hay entre morir como un miserable guerrillero a morir como un héroe! Pero no nos distraigamos del principal asunto, y procedamos a hacer algunas reflexiones prácticas sobre el giro que puedan tomar los sucesos en esa República.

"El que la actual revolución conservadora vuelva a posesionarse de la situación, es para mí un hecho que no admite duda: no se sabrá decir cuándo ni qué dificultades encontrará en su paso; (...) veo cuando un gobierno estaba en la capital y el otro refugiado en Veracruz; el uno era representante de las tradiciones, sostenía la causa del ejército y luchaba por la defensa de todos los grandes intereses sociales; el otro, con la bandera de la constitución de 57 en la mano, bien visto, nada trataba de edificar, y todo lo quería destruir, religión y ejército, autoridad y familia, ley y propiedad. La lucha entre esos dos gobiernos no podía ser ni más clara ni más interesante, para cualquier hombre que tuviera amor a su patria y estimase en algo los principios. Y bien: ¿usted se acuerda lo que sucedió en medio de esa interesantísima lucha de la religión contra la impiedad, de los ladrones contra los que tenían algo que perder, de los hombres perdidos contra los honrados, de los soldados en cuanto que son el sostén de la ley, contra los demagogos que aborrecen toda sujeción? No creo que usted ni nadie haya olvidado lo que entonces pasó; pero yo tengo necesidad de consignarlo aquí en pocas palabras para que se vea cuán cierto es que ustedes serán siempre miserables víctimas de las pasiones de los hombres mientras no se resuelvan a seguir otra senda diametralmente distinta de las que hasta ahora han seguido. Lo que sucedió fue pues, que los hombres se olvidaron de lo que se estaba disputando; se olvidaron de la patria y de sus intereses; se olvidaron que un pronunciamiento podría originar una división entre los mismos del ejército, que facilitaría el triunfo de sus enemigos; se olvidaron que Miramón que entonces tenía a sus órdenes gran parte del mismo ejército y que se encontraba en el interior, orgulloso por los triunfos que había alcanzado sobre los constitucionalistas, no toleraría que otros generales ocupasen la presidencia; de todo se olvidaron y sólo tuvieron presente el ver cómo le arrebataban a Zuloaga el pedazo del solio presidencial que ocupaba. Para esto Don Manuel Robles, que representaba

en Washington a la República, abandona el puesto y lo cambia por el de conspirador; y Don Miguel M. Echegaray por su parte, vuelve la espalda al enemigo que tenía encargo y deber de combatir y se pronuncia proclamándose a sí mismo presidente. Robles quiso ser presidente, Echegaray quiso serlo también y mientras estos dos generales ven perderse sus ilusiones, Miramón levantó el grito contra sus pretensiones aparentando por medio de una farsa ridícula e ignominiosa establecer la ilegalidad de Tacubaya, lanzó a Zuloaga de la presidencia y se colocó en su lugar; todo esto en menos de un mes. **Este hecho solo es bastante para convencer a cualquiera, de la evidencia de que es imposible que en México se establezca el principio de autoridad**, contrariado por tantas entidades miserables, todas haciéndose naturalmente la guerra, todas conspirando contra la sociedad, todas impotentes en sí mismas y ninguna de ellas capaz de sobreponerse a las demás, para hacer que desaparezca la anarquía y la sociedad vuelva sobre sus quicios. Y lo que más admira es, que esos mismos ambiciosos encuentren prosélitos, no digo ya entre los militares prostituidos, que sólo anhelan cambios para obtener ascensos y pagas, sino entre las clases de los propietarios, que sintiéndose acosados por contribuciones e impuestos siempre están dispuestos a favorecer toda clase de cambios, buscando en las entidades personales que los promueven el bienestar que no pueden producir las personas. Así por ejemplo cuando los agiotistas aprontaron el dinero para la revolución de Robles decían: "Es necesario que venga abajo lo presente; Robles siquiera da garantías". **Pero no reflexionaban que no pudiendo Robles contener la revolución, las urgencias del gobierno sin hacienda y en completa bancarrota, habían de seguir siendo cada vez más graves, y que el gobierno para cubrirlas, había de ocurrir, de grado o por fuerza a la fortuna de los particulares.** Esto es también un hecho comprobado por la historia. Cada revolución ha ido gradualmente gravitando más y más sobre las fortunas de los particulares, sin que sea posible que deje de ser así. ¿Quién es el hombre que en México puede llegar al poder sin que cien rivales se lo disputen? Cada revolución ha ido creando entidades destructivas, pero todos se creen con derechos a la presidencia. Eche usted la vista sobre esa turba de generales en cuyo primer término..."



En todos los documentos citados se advertirá el estado desastroso de las finanzas de nuestros pueblos, y en tres de ellos una clara relación entre deuda exterior e intervención militar. En el documento de Polk notamos la bajeza de Santa Anna, y en el del intervencionista mejicano una visión clarísima del masoquismo de la raza.

En el caso de España a partir de la Reconquista, deberían los historiadores buscar más testimonios de la propensión a la ruina económica, con lo que se podrá demostrar, desde este ángulo también, que los hispanos conformamos un gigantesco individuo neurótico con las consabidas adaptaciones inconscientes al rechazo y a la muerte. En los documentos relacionados a México, además de la deuda y la intervención militar observamos al traidor, quien florece en nuestra historia con inusitada frecuencia, al grado de que las potencias interventoras lo han tenido siempre muy en cuenta en sus estrategias políticas y militares. Quizá por eso José Santos Chocano, "el verbo de la revolución mejicana", nos denostó con aquel poema:

Llevas México en tu escudo
el águila y la serpiente
ellos son símbolo mudo
de tu historia y de tu gente;
jamás he visto blasón
que a la verdad más se ciña,
la serpiente, ¡la traición!
y el águila, ¡la rapiña!

Como los enemigos de la hispanidad saben cuál es el camino para robarnos, nos prestan dinero o nos hacen creer que somos magníficos sujetos de crédito para la banca de Raquel y Vidas, y como a nuestra megalomanía infantil le añadimos la rapiña y la traición, nos encontramos que en pleno

siglo XX seguimos padeciendo los vicios del XIX y en otros aspectos los del siglo VIII. Recordemos la proposición que hizo el secretario de Estado William Jennings Bryan al gabinete de Woodrow Wilson, citado en el **Diario de Gabinete de Josephus Daniels, el miércoles 17 de diciembre de 1919**:

"Fui a almorzar con W. J. Bryan. El tenía un plan para resolver la situación mexicana sin intervención. En breve, tomar la Baja California en prenda hasta que México pague por las pérdidas de ciudadanos americanos por falta de protección de parte de las autoridades mexicanas. (...) Al cabo de un tiempo a México se le imposibilitaría pagar y entonces comerciaríamos tomando la Baja California y la Bahía de Magdalena. Buen país para casas de invierno. Le prestaríamos a México dinero para escuelas y mejoras. Y entonces le diremos a México que no le haremos la guerra y si hay alguna pelea sería de tipo defensivo".

Dentro de 48 años se dará a la luz el **Diario de gabinete de Gerald Ford**, y entonces podremos enterarnos cómo influyó la Comisión trilateral manejada por los Rockefeller, entre cuyos miembros se cuenta el señor Kissinger, para hipotecar las reservas petroleras de México de acuerdo con la rapiña y la traición de algunos mejicanos que para entonces la historia clasificará con la debida justicia, al igual que ya lo hizo con los Generales Santa Anna, Almonte y otros cuantos más.

el director



COMO PROVOCAMOS NUESTRA MAXIMA TRAGEDIA

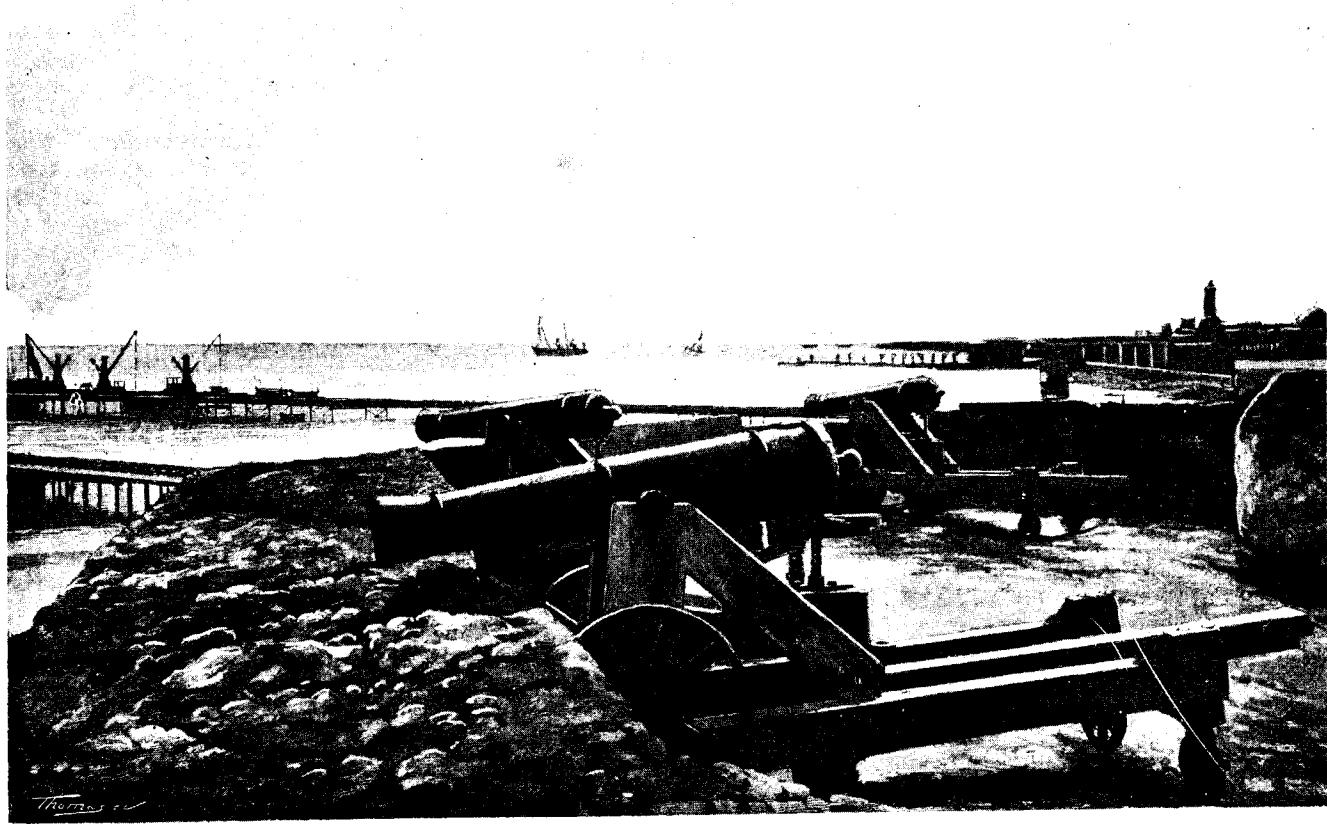
Del Diario del presidente Polk (1845-1849)

Lunes 16 de Febrero de 1846. Vi gente hoy hasta las 12 del día, habiendo concurrido un número inusitado de personas. Entre otros el Coronel A. J. Atocha, el caballero español que tuvo conmigo una conversación el día 13 del actual; se presentó a hora temprana. Le di una audiencia de cerca de una hora, hasta que mi mensajero anunció que había muchas personas esperando en la antesala. El no había concluído su conversación y, por consiguiente, le dije que lo vería yo a las 2 y media de la tarde de hoy.

Exactamente a las 2 y media de la tarde se presentó el Coronel Atocha y le concedí una nueva audiencia de más de una hora. Tuvo conmigo una larga conversación sobre las actuales condiciones de México y las relaciones de los EE.UU. con aquél Gobierno. Repitió que había dejado al General Santa Anna en La Habana hacía cosa de un mes; y reiteró también la conversación que había yo tenido con él, según se asentó en este diario el día 13 del actual. Repitió que el **General Santa Anna estaba en favor de un tratado entre México y los EE.UU. por medio del cual aquél país cedería a los EE.UU. a cambio de una compensación pecuniaria**, toda la comarca al Oriente del [Río Grande] del Norte, y al Norte del Colorado del Oeste, y había mencionado 30 millones como la cantidad que le sería satisfactoria. Le hice entonces la observación de que México tendría que **satisfacer las reclamaciones de los ciudadanos americanos** y que si el Gobierno de México tenía alguna proposición que hacer tal como la que sugería, se tomaría en consideración cuando se hiciera. A esto el Coronel Atocha me dijo que no había Gobierno o Administración en México que **se atreviera a hacer semejante proposición**, porque si la hiciera, sobreverría otra revolución por medio de la cual sería derrocado. Dijo que necesitaban aparecer que se les obligaba a consentir en semejante proposición. Continuó dando su opinión y según dijo, la del General Santa Anna, sobre que los EE.UU. deberían tomar enérgicas medidas antes de que pudiera efectuarse ningún arreglo. Dijo que nuestro ejército debería marchar inmediatamente de Corpus Christi al [Río Grande] del Norte, y que debería de reunirse una poderosa fuerza marítima en Veracruz; que el señor Slidell, Ministro de los EE. UU., debería retirarse de Jalapa, y mantenerse a bordo de uno de nuestros barcos de guerra en Veracruz, y ya en esa posición, debería exigir el pago de la suma que se debe a nuestros ciudadanos; que es bien sabido que el Gobierno Mexicano está

imposibilitado para pagar en efectivo, y que cuando vieran una fuerza considerable lista para dar el golpe en sus costas y en la frontera, no tenía duda de que sentirían el peligro y convendrían en la línea divisoria que se sugería. Dijo que Paredes, Almonte y el General Santa Anna, estaban todos dispuestos en favor de semejante arreglo, pero que no se atreverían a hacerlo hasta que no fuera evidente para el Arzobispo de México y el pueblo en general, que era necesario eso para salvar a su país de una guerra con los EE. UU. Manifestó que las últimas palabras que el General Santa Anna le dijo cuando salió de La Habana hacía un mes fueron: "cuando vea usted al Presidente, dígale que tome enérgicas medidas, y entonces podrá hacerse el Tratado, y yo lo sostendré". El Coronel Atocha dijo que el Gobierno de México debía al Arzobispo medio millón de pesos y que éste se conformaría con la seguridad de que el Gobierno Mexicano le pagaría cuando los EE. UU. pagaran la compensación. Dijo que Paredes y Almonte estaban ambos en favor de semejante arreglo si es que se atrevían a hacerlo, y que el General Santa Anna, de acuerdo con ellos, los apoyaría. Dijo que el General Santa Anna le había dicho que las cosas podrían encontrarse en condiciones de que él pudiera regresar a México en Abril o Mayo y probablemente se haría cargo del Poder nuevamente, pero que él y Paredes necesitaban tener dinero para sostenerse. Dijo que con medio millón disponible podrían hacer el Tratado y mantenerse por unos cuantos meses hasta que se pagara el saldo. Dijo que Arista* era amigo de los EE. UU. y estaba en favor de la anexión de los Departamentos del Norte a los EE. UU., y que por consiguiente, favorecería el arreglo. Dijo que Arista era dueño de una gran finca cerca de Monterrey, y estaba ansioso porque se efectuara la anexión. El Coronel Atocha insinuó su intención de regresar a La Habana, y según yo inferí, tenía deseo de llevar al General Santa Anna los puntos de vista del Gobierno de aquí. A esta insinuación no contesté nada, siendo mi propósito en la conversación obtener informes; pero no revelar mis propias miras. El Coronel Atocha, en quien yo no tendría confianza, es evidentemente un hombre de talento y educación, pero todas sus maneras y su conversación me produjeron la impresión de que no es de fiar, y que sería capaz de abusar de la confianza que se depositara en él si estuviera en su interés hacerlo. Por consiguiente, oí todo lo que me dijo, pero no le comuniqué nada a él. Me dijo que desearía

que yo viera al señor Brantz Mayer,** de Baltimore, antiguo Secretario de Legación en México, de quien dijo ser muy íntimo y que podría darme muchos informes sobre el tema de los asuntos mexicanos. Y concluyó haciendo observar que nuestras dificultades con México nunca podrían arreglarse a menos que ostentáramos fuerzas importantes en las fronteras y demostráramos que estábamos resueltos a reclamar y obtener nuestros derechos.



* Mariano Arista, Comandante de las fuerzas mexicanas en las batallas de Palo Alto y Ressaca de la Palma, mayo 8 y 9 de 1846. Presidente de México, 1850-1853.

** Brantz Mayer, de Baltimore, Secretario de Legación en México, 1841-1843. Uno de los fundadores de la Sociedad Histórica de Maryland y autor de varios libros sobre México.

LA FASCINACION CON LA MUERTE EN ESPAÑA

Stanley Meisler

El general José Millán Astray y Terreros, fundador de la Legión Extranjera Española, gritaría extraña consigna durante la Guerra Civil de España: "¡Viva la Muerte!"

Aquellos que conocen bien a España, sospechan que la consigna llegó de las profundidades del carácter español: de fascinación respecto a la muerte, misma que según algunos creen, deja en los españoles una gran sed de violencia.

La reciente ola de asesinatos políticos en Madrid ha sacado a relucir nuevamente el asunto y ha hecho que tanto los españoles como los extranjeros se pregunten si España puede continuar transformándose, desde la dictadura hacia la democracia, sin una violencia todavía peor.

Debe considerarse en perspectiva desde ahora esta violencia política. La violencia española del pasado comparada con la violencia en el resto de un mundo tendencioso, durante los últimos años, podría no ser tan significativa.

Según la respetada revista de noticias española "Cuadernos para el Diálogo", durante los 14 meses siguientes a la muerte del dictador Francisco Franco, han muerto por violencia política 49 españoles.

Aunque la reciente violencia ha levantado el espectro de los izquierdistas y los derechistas, matándose unos a otros, la mayoría de las muertes han tenido diferente origen. El mayor número de ellas, 21, tuvieron lugar durante confrontaciones con la policía, generalmente en manifestaciones de izquierdistas o separatistas, disueltas por el cuerpo policial. Las del segundo número, 16 muertes, fueron causadas por terroristas vascos que quieren un Estado separado para las cuatro provincias vascas. La mayor parte de las víctimas fueron policías, políticos o empleados del gobierno. Los extremistas de derecha han asesinado a 9 españoles, y los de izquierda a tres. De los 49 asesinados, 29 murieron en las provincias vascas, 13 en Madrid y 7 en otros lugares.

Las estadísticas ponen en claro que la mayor parte de la violencia se centra en el problema del sentimiento separatista de las provincias vascas, parte de España con 2.3 millones de habitantes, menos del 7% de la población total del país.

Por otra parte, probablemente se pueda culpar a mucha de la violencia, al manejo inepto y brutal de las multitudes por parte de la policía.

Esta situación es muy diferente de la de 1936, cuando murieron 215 españoles por violencia política en los cinco meses que precedieron a la gue-

rra civil. La mayor parte de estas muertes fue por agresividad política, con los de derecha matando a los de izquierda, los de izquierda matando a los de derecha y, de hecho, los de izquierda matando también a los de izquierda.

Por esto, probablemente hayan tenido razón muchos españoles al sentirse preocupados en enero pasado, inclusive asustados, cuando diez personas —cinco comunistas, tres policías y dos estudiantes— murieron por violencia política en Madrid, en el transcurso de una semana. Los incidentes fueron más significativos que lo que el relativamente pequeño número de víctimas pudiera indicar.

Lo premonitorio vino del presentimiento: el miedo a lo que pudiera pasar en España, en vista de lo que algunos creen que es un despertar agresivo del carácter de los españoles. Se tenía el temor de que algunos españoles estuviesen retrocediendo a su modelo antiguo, y que el camino hacia la democracia fuese sangriento.

Hace veinte años, el crítico y novelista británico V.S. Pritchett, en su libro *El Temperamento Español*, hablaba de la "preocupación española en relación a la muerte". Aquellos que visitan a España, sienten rápidamente la fascinación de la muerte, la facilidad con que el español acepta la sangre. El espectáculo de las corridas de toros es un ejemplo palpable. Pero hay muchos otros:

- Las figuras de madera de Cristo en las Iglesias, pintadas como sangrando, son de un realismo aterrador.

- El castillo del Escorial enseña al turista sepulcros de mármol de reyes y reinas, hacinados en entrepaños como tarros en una droguería.

- Francisco José de Goya, uno de los más grandes artistas españoles, en sus grabados sobre la guerra trataba con peculiaridad sangrienta las matanzas, en forma nunca imitada por ningún artista de otro país.

- Los periódicos publican fotografías que muestran los cuerpos de víctimas de accidentes. Los cuerpos de los asesinados en la reciente ola de violencia, han sido expuestos en féretros abiertos, mostrando aún sus heridas.

En un enigmático comentario de los asesinatos durante la guerra, el historiador español, Salvador de Madariaga, escribió en una ocasión: "Reinaba el terrorismo sistemático y prolongado en ambos bandos. En cierto sentido, era inevitable, aunque no venía al caso."

El temor ahora en España es el de que aunque sólo comienza la violencia, podría hacerse gradualmente irrestricta y seguir sin ningún sentido, volviéndose parte del juego político: un hecho de todos los días, como las corridas de toros, mientras el gobierno trata de transformar a una dictadura, en democracia.



Publicado en **Boston Globe**. Marzo 27 de 1977.

Traducción de Ma. del Carmen Romero.

HIPÓTESIS DEL HISTERISMO ESPAÑOL

José Ortega y Gasset

Supongo que al llegar aquí, habrá acudido a la mente del lector un tropel de fenómenos característicos de nuestra vida española, afines a esos datos del arte de Baroja.

Casi todas las palabras que usa la parlería política de nuestros conciudadanos, son simplemente impropios. Clerical no quiere decir, en labios de los liberales, hombre que cree en la utilidad de las órdenes religiosas para el buen vivir histórico de un pueblo; quiere decir, directamente: hombre despreciable. Liberal no equivale a partidario del sufragio universal, sino que en voz de un reaccionario viene a significar hombre de escasa vergüenza.

Cuando en 1909 el digno fiscal del Tribunal Supremo fue a Barcelona, realizó en la persona del señor Valenti Camp el descubrimiento de un «kantiano exaltado». Para el sobredicho fiscal, no era lo de kantiano sencillamente una manera peculiar de imaginarse al mundo, sino un ser que le parecía odioso y temible. Este fiscal no fue a Barcelona precisamente a formar la lista razonada de las filosofías catalanas; más bien se trataba de una lista de personas aptas para ir a la cárcel. Y todo el vocabulario quedó reducido a la mínima función de expresar los **odios y temores personales de su excelencia**.

Mas en todas las tierras del planeta acontece cosa parecida. En cambio, es sabido que no existe pueblo en Europa que posea caudal tan rico de vocablos injuriosos, de juramentos e interjecciones, como el nuestro. Según parece, sólo los napolitanos pueden hacernos alguna competencia.

Como en nuestro país se publican tan pocos libros, al cabo del año, si queremos averiguar el estado del espíritu nacional, tenemos que recurrir a la literatura difusa, a la que vive en las conversaciones de los cafés, en las aglomeraciones de las plazas, en los tranvías, en los pasillos del Congreso.

Esta literatura dicha se caracterizaba por un elemento que da a los períodos todo su sabor y todo su ritmo; llámenlo ustedes como quieran: ajo, taco o interjección.

Tal fenómeno, por lo mismo que su frecuencia y extensión parece quitarle importancia, la tiene enorme.

En un momento de dolor dilacerante envía el alma, con premura, todas sus reservas de energía hacia aquel lugar por donde ha penetrado la impresión dolorosa. Queda por un instante en suspense el resto de la vida psíquica, y aun la fisi-

lógica disminuye de pulso y el corazón se contrae y detiene: necesita el alma movilizar toda su emotividad hacia la brecha que en el flanco le han abierto. Ni se piensa, ni se ve, ni se oye. El alma íntegra es un arco a toda tensión y de la que va a salir como una flecha, contra el enemigo dolor, un ¡ay! ¡Cuán breve e insignificante el cuerpecillo sagitario de esta palabra! ¿Qué decimos, qué decimos cuando decimos ¡ay!? Nada decimos sobre las cosas del mundo, pero decimos toda nuestra alma. Esa minúscula ampolluela del ¡ay!, lleva a altísima presión, condensada, toda nuestra afectividad: es propiamente una congestión de sentimiento que en ella explota. Esta explosión nos libera del desequilibrio emocional que el dolor moral o fisiológico sobrevenido, nos causara. Para este uso normal ha puesto Dios en la tierra esas cosas llamadas interjecciones.

Pero ¿qué acontece a este hermano español que fue con nosotros ayer, en el tranvía de la Cibeles a la Puerta del Sol?

Hablamos de cosas indiferentes para ambos; no obstante, nuestro amigo desparramaba entre sus frases sinnúmero de interjecciones. Eran éstas ya como un compás, como un ritmo que daba cierta arquitectura a sus frases del modo que a un edificio los cantos finos de las esquinas y los vértices agudos de los frontis. Y nuestro amigo visiblemente sentía, cada vez que soltaba un taco, cierta fruición y descanso; se notaba que los había menester como ritmica purgación de la energía espiritual que a cada instante se le acumulaba dentro, estorbándolo. ¿No es esto admirable? ¿Por qué sentía mi amigo tal fruición, pronunciando palabras sin sentido o cuyo sentido le era indiferente?

Mi amigo se llama Juan Español. No posee grande entendimiento, administra una moralidad reducidísima, no se conmueve ante una obra de arte, es incapaz de heroísmo, va viviendo hacia la muerte como una piedra hacia el centro de la tierra. ¿Diremos que a este hombre le sobra energía psíquica? ¿No diremos más bien que le falta, que padece astenia espiritual?

¿Será acaso ese abuso de interjecciones, ese alarde de energías frecuente en el español, más bien efecto de su debilidad espiritual?

Además de las interjecciones, es curioso el prurito de nuestra raza por expresarse con gestos excesivos.



A lo mejor un compatriota, para decirnos que acudamos a una cita a las cuatro en punto, acompaña este «punto» con ademán de formidable energía: sacude el brazo como si en la mano llevara un alfanje y bajo el alfanje se hallara el cuello de un gigante y se tratara de degollar a éste. Claro está que después nuestro compatriota no acude a la cita. Nadie ignora que también en lo desaforado de los gestos, ocupamos con los napolitanos y los judíos rusos la primera categoría en el globo.

Anda hoy sugestionando a gran número de psiquiatras alemanes y norteamericanos, una teoría de las psicosis e histerias, debida a Sigmund Freud, médico y profesor en Viena*. Reducida a términos extremos, la teoría es la siguiente:

Toda representación lleva consigo, además de una imagen de la cosa o acción representada, un estado afectivo o energía psíquica concomitante. Un deseo fuerte es una representación lastrada con una ingente aglomeración de energía psíquica. Lo propio ocurre con la imagen de una escena violenta.

Al presentársenos ciertos deseos, nuestras convicciones morales o estéticas nos obligan a dejarlos insatisfechos. Pero un deseo que permanece insatisfecho es, según Freud, una condensación de afectividad que pugna por expandirse, por actualizarse, gastándose en forma de movimientos musculares e inyectándose en el resto de nuestras ideas y quereres. Esa pugna es dolor para el alma y resulta a menudo insoportable. Entonces nuestra conciencia, no contenta con dejar insatisfecho el deseo, lo expulsa de sí mismo, lo aherroja en los sótanos del alma y allí queda «inconsciente», sin poder volver, por lo común, al plano de la percatación. Con él va de lasquenete o mozo, la energía psíquica, el afecto. Este permanece como un tumor de emotividad presto a estallar, a liberarse de cualquier modo. Mas habiendo sido expulsada la representación en cuyo servicio iba originariamente, se tiene que buscar otra cuyo tránsito a la plena conciencia y al mecanismo motor de los músculos no ofrezca dificultad. ¿Cómo encontrarla?

Las representaciones se hallan asociadas en lar-

* Nótese que hago sólo referencia a aquella parte de las ideas de Freud de positivo valor científico. Para nada aludo a su método interpretatorio de los sueños, ni a su grotesca ampliación de la génesis sexual a toda la vida de la conciencia.

gas cadenas que componen la textura de nuestra alma. Gracias a esto, el afecto puede saltar de una representación a otra, de ésta a otra y así hasta llegar a una inocente cuyo paso a la conciencia esté permitido, porque su enlace con la prohibida es remotísimo. Así penetra la emoción de contrabando, solapada, a una imagen indiferente, con la cual ya apenas si tiene que ver. Arribada a la conciencia, explota, y el espíritu en quien esto acaece se extraña de que ideas mansas que se le ocurren, lo angustien o exalten tan desmesuradamente, y hasta lo lleven a movimientos injustificados. Los brincos y gestos absurdos de los histéricos, las manías, obsesiones y tristezas de los neuróticos no son, según Freud, más que esto.

Esas intromisiones, súbitas de afectos y de ideas que no tienen qué ver con el curso del pensamiento, producen, claro está, una fragmentación de la vida intelectiva. Entran en la continuidad de una mente normal, como cuñas, y la hacen estallar en trozos; se interponen, se interyectan entre los miembros de una construcción intelectual, y la hacen imposible. Por eso las almas de histéricos y neuróticos viven una vida discontinua, incompatible generalmente con el edificio de un ideario unificado y resistente. Son almas disgregadas en átomos, inconexas; almas dispersas, cuya existencia es un nacer y morir a cada instante, menesterosas, como efímeras, de condensar en esa vida instantánea toda su vitalidad. Almas inarticuladas que se expresan en interjecciones, porque ellas mismas lo son.

No puedo, en este lugar, detenerme a la consideración más detallada de este tema. Me basta con haber sugerido un punto de vista desde el cual

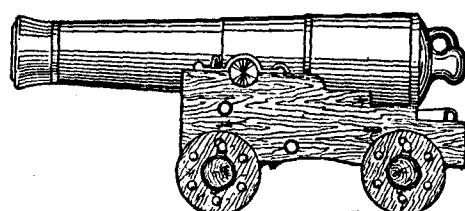
se ve a España como un paisaje de histerismo, de ese histerismo étnico que a veces se ha apoderado de todo un pueblo, que es acaso síntoma de un continente entero. Lo que llamamos lo de África, nuestra postura africana ante el universo, quizás no sea, a la postre, sino una postura histérica.

El chulismo, el flamenquismo, la bravuconería, la exageración, el retruécano y otras muchas formas de expresión que se ha creado de una manera predilecta nuestra raza, podrían muy verosímilmente reducirse a manifestaciones de histerismo colectivo.

No se me oculta que al proyectar dos tipos clínicos de la patología individual —como histeria y neurosis— sobre la espiritualidad colectiva, dejan de ser enfermedades, en un sentido médico. Conste así. Pero se transforman en enfermedades según un sentido histórico. Conste también.

De *El Espectador*: "Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa", Revista de Occidente, S.A., Madrid, 1963.

(No se olvide que todo esto fue escrito en 1910.) [Puede verse, del autor: «Psicoanálisis, ciencia problemática», ensayo de 1911 recogido en el tomo *Ideas y creencias* de esta colección «El Arquero».]



"A LA MEMORIA DE EDUARDO L. FUENTES"

ES MUY TRISTE MORIR...

Es muy triste morir, cuando se tiene
llena el alma de amor y de alegría,
y el dios Término, fatal, detiene
la música letal de la poesía.

Cuando canta la lira estremecida,
del soñador poeta en los amores,
y sus versos son átomos de vida
del más grande cantor de los cantores...

Es muy triste morir, si se atesora
a los ochenta años, todavía,
lo mismo la palabra retadora
como el sutil rimar de la poesía...

Es muy triste morir, si se apreciaba
joven en el sentir y en el hablar,
y joven periodista que vibraba
de coraje, tan digno de imitar.

El silencio simbólico ha dejado
tan sólo con un dedo, el labio mudo,
tu canto y tu palabra ha silenciado
lo que nadie logró ni nadie pudo.

Hacer callar tu pluma de valiente,
de periodista íntegro y loado,
ni el rumor cantarino de la fuente
que brotó de tu numen prestigiado...

No volverán, Eduardo, tus mensajes,
tus artículos, cartas y poesías
que mis manos sintieron como encajes
que adornaron tus horas y tus días...

Llegarán, sí, llegarán las elegías
que mis queridos amigos mandarán...
pero las tuyas, "chamaco", tus poesías...
esas, hermano mío... ¡no volverán!...

Ruth Delfina Saldaña

LUTO EN LAS LETRAS MEJICANAS

Emilio Marín Pérez



Se "me" ha muerto el mejor amigo que tenía al otro lado del charco, de este océano que "parte por gala en dos" al mundo hispánico.

Pongo por delante un pronombre egoísta para expresar en confianza, con toda sinceridad, la calidad estimativa de una amistad y de una comprensión, que era en este caso de las llamadas "a toda prueba". Cuando la muerte se mete por el medio, habla uno como si los que nos quedamos fuéramos la parte más ofendida en la disociación.

Se eclipsó definitivamente la estrella de un poeta integral de México, Eduardo L. Fuentes. El día 15 de enero último dejó dulcemente este mundo, en su hogar de Saltillo (Coahuila).

Hace quince años o algo así, le preguntaba yo a este hombre, en una entrevista postal, en un "vis a vis" de laboratorio: —¿Cuántos años, Eduardo, llevas emborroneando cuartillas?— Y me dijo: —Desde siempre, creo que desde antes de nacer.

Su vida entera fue eso: escribir y escribir, para definir el encanto de cada cosa y para decirlo. Fue poeta más que nada; las 24 horas del día estaba en trance. Luego, si los versos le concedían un paréntesis, escribía artículos, ensayos, comedias; lo que fuera. Eso sí, estos trabajos, todos tenían que ser poéticos, tenían que llevar ese sello marchamo de bondad y de humanidad que ponen en sus obras, queriendo o sin querer, los poetas, los escogidos.

—Lo que he buscado siempre con más afán es lograr que se me llame poeta—, decía.

—¿Qué es para ti esto de escribir, amigo? ¿Entretimiento, vicio, profesión?—

Y me dijo:

—Verás: entretenimiento, si consideramos que en ello me solazo; vicio, si vicio es abrir continuamente las ventanas del alma, para que se escape el pajarillo azul de la ilusión, convertido en mensaje; profesión, si con ello se busca llenar la escaleta para las necesidades de la vida...

Una de las principales fuentes de su inspiración estaba en las obras de Rabindranath Tagore, aunque hay que decir que el panteísmo del gran profeta hindú no lo indujo jamás, a Fuentes, a alejarse de la militancia católica que con orgullo profesaba.

Para sumergirse en el substrato filosófico de Rabindranath, vertió en sonetos, varios de sus libros más conocidos, como *Gitánjali* y *La luna nueva*. Era un verdadero campeón haciendo paráfrasis, glosando las obras maestras, llegando hasta la entraña de las mismas.

Para esto, excusado es decirlo, se precisan capacidad y vocación excepcionales: las que él tenía por gracia divina.

Vivió siempre en el México del altiplano, en su Saltillo, en la tierra de Venustiano Carranza y de Madero; de Acuña y de Carlos Pereyra, si hemos de venirnos al campo de las letras, dejando los de la política y la milicia.

Saltillo es una ciudad populosa que tiene por patrón a Santiago Apóstol. Yo casi me sé el lugar de memoria, a fuerza de que Eduardo me contara cosas de él, a través de cartas, recortes de prensa, comunicaciones de sus intelectuales amigos y hasta de sus personalidades políticas. Sí, y me refiero a un gobernante: en una ocasión tuve el gusto de cartearme con el gobernador del Estado de Coahuila, Raúl Madero, hermano precisamente del Madero de la Historia, Francisco.

Que el Patrono, el Hijo del Trueno, lleve ahora hasta las alturas, por los andurriales del más allá, a Eduardo, como éste me llevó a mí por las calles del Saltillo que amó tanto.

Eduardo escribió muchos libros; unos están publicados, otros no. La mayor parte, sin embargo, me son conocidos; con sus cartas —que él escribía como si estuviera hablando, al filo de un instante libre—, siempre venía a mí algún anticipo, sin que ello fuera óbice para que además cupiesen en el sobre el último chiste de la calle o lo más insólito, a lo mejor el menú que le esperaba echando humo sobre la mesa.

Algunos de sus libros se llaman **Los Poemas Olvidados, Oraciones rojas, Guirnalda, En el vaso del verso...**

De sus comedias puedo dar razón de las que se titulan **La Virtud del Pecado, Laura, la de Acuña, Dame un hijo, Cómo volvieron al Paraíso, Reo**, etc., algunas de las cuales fueron puestas en escena por conocidas compañías teatrales: Virginia Fábregas, Hermanas Blanch, Padilla Morones...

Sus colaboraciones cortas quedaron en "El Universal", de la capital mejicana; "Resumen" y "El Sol", de Saltillo; "Provincia", otra revista de Coahuila, cuyo director no guardaba muchas simpatías para los españoles que nos habíamos quedado en casa cuando la contienda; "Ecos", de Orizaba; "Bohemia Poblana", de Puebla de los Angeles; "Abside", estupenda revista literaria de la que fue rector Alfonso Junco; "Madrigal", de Celaya (Guanajuato); "Véritas", de Buenos Aires...

Puede dar idea de su fertilidad, de su vocación, si las anteriores relaciones no fueran lo bastante para acreditarlas, un hecho del que oportunamente tuve conocimiento.

Dorita Madero, sobrina de Francisco Madero, saltillense como él, le encargó —un 2 de noviembre, día de Difuntos, por más señas— que hiciera algo para el teatro, unas estampas para exaltar a la mujer mexicana a través de sus figuras más representativas, y nuestro hombre no dejó enfriar el encargo. Al día siguiente dio un repaso de urgencia a las biografías que halló a mano, y el 4, de un tirón, trabajando desde la aurora hasta el ocaso, dejó cumplido el encargo, como mejor pudo, pero muy aceptablemente como era de esperarse, como hubiera hecho un Lope redivivo.

La obra "Mujeres de México", con un prólogo y tres cuadros, se vino a estrenar en el Ateneo de Saltillo, el 11 del mismo mes. Los ensayos y la escenografía llevaron más tiempo que el escribirla.

De este milagro, que no fue solo, no han pasado muchos años.

Creo que es una anécdota recordable en este escrito de homenaje al desaparecido escritor, al amigo bueno.

Hoy el llorado amigo me haría sin duda en una carta, o en más de una, algún chiste para ilustrar el hecho del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre España y México, aludiendo, cómo no, al desfase de las cancillerías que, formalmente, con un tesón hasta maravilloso, mantenían el enfado.

Pero la novedad llegó tarde para él. Tengo que suponer por mi cuenta cómo se produciría su ingenio para, en esta hora triste, hacer compatible una sonrisa con mis obligadas oraciones.

LA BANDERITA DE LOS CAMÍN

Eduardo Avilés Ramírez

Carta desde Gijón (Asturias, España) me hizo saber que Doña Rosario Armesto de Camín, la esposa del gran poeta Alfonso Camín, fue llevada a la mesa de operaciones de una clínica, en la que fue sometida a la cuchilla de los cirujanos. Es ella misma la que me lo cuenta en larga carta, llena de detalles. Y llena también de sus viejos y palpitan tes recuerdos de su ya muy larga vida común con el poeta. Con el poeta por el cual ella sacrificó todo lo que poseía, apenas lo conoció: obra literaria, libertad de movimientos, entronques en la sociedad madrileña, casa, auge y juventud. Todo lo sacrificó para entrar en la aventura diaria que es en realidad la existencia de los poetas. Y lo que es más admirable de todo: que llega a los finales de la gran aventura, sin arrepentirse; al contrario, agregando en su carta estas palabras tan sencillas como nobles: "Si tuviera que recomenzar, querido amigo, lo haría con infinito placer."

Doña Rosario es un regalo que Apolo le hizo al poeta. Insuperable regalo para el poeta magnífico. Una especie de espléndida recompensa en vida. Uno se pregunta lo que habría sido de Camín, trabajador pero bohemio por naturaleza, sin una compañera que, según las circunstancias que se suceden las unas a las otras, es a veces musa, otras cocinera, otras madre, otras secretaria, otras hermana de la Caridad, otras zurcidora de ropa blanca, otras reina enjoyada de virtudes, y siempre la esposa que las resume a todas. Hay que conocer la intimidad de esas dos vidas, desde el principio indisolublemente fundidas la una en la otra, para ver, considerar y palpar el milagro.

La obra en prosa y la obra poética de Camín pudieron realizarse gracias a ella. Una montaña de libros de versos y una montaña de libros en prosa. Y una revista magnífica, *Norte*, con cerca de cuarenta años de existencia, literalmente devorada número tras número por lectores devotos, de España y de América. La colección de esa revista es no sólo un monumento material y una cumbre espiritual, sino un triunfo de la voluntad femenina. Porque en esa empresa ella fue un poco de todo: a veces empleada para responder a centenares de cartas, correctora de pruebas, buscadora de anuncios, cajera dura para evitar los despilfarros, buscadora de imprenta y rebuscadora de papel de imprenta. ¡Y todo eso sin dejar jamás de ser la musa y la esposa! Y así desde hace cuarenta años sin interrupción, coordinando la vida diaria de su poe-

ta y organizando su vida social, bicontinental, con pericia e instintos maternales.

Ida la juventud para los dos, sin dejar de ser todo lo que ella fue, es ahora enfermera de todas las horas del día y de la noche. Para marchar, más que en su eterno, famoso y legendario bastón nudoso, el poeta se apoya en el brazo de la esposa. Apoyo moral y material. Es ella la que organiza la vida, la que descifra las recetas médicas, la que contesta la correspondencia, la que le da las medicinas, la que coordina los homenajes al poeta y echa aceite, todos los días, a la lámpara de oro para que no se les apague. Y ahora que ella ha sido llevada a una mesa de operaciones, mediante familiares y amigos devotos sigue, desde lejos, presidiendo la vida diaria del esposo.

Yo me pregunto porqué esa mujer excepcional no escribe sus memorias. Esas páginas alcanzarían un valor moral y anecdotico de primer orden. Las Mil y Una Noche y los Mil y Un Día del Poeta, y de la esposa que el propio Apolo le escogió; unas veces en el nuevo continente, otras en el viejo, enriquecida la vida diaria con gentes de nombres célebres y estupendas anécdotas, el todo realizado como si fuera una novela de aventuras maravillosas. Para terminar, un poco a lo Homero, en su tierra natal, el poeta cargado de años y casi ciego que aún tañe su lira armoniosa y divina.

Esa pareja debiera servir de ejemplo a todos los poetas del mundo que necesitan una Egeria ideal. No los vemos bien, porque son contemporáneos, porque los manoseamos todos los días y tropezamos con ellos a todas horas. Son "cosa nostra" desde hace años y de todas las horas. Pero solamente si leyéramos de su bellísima, aventurera existencia, húmeda de inspiración poética y de sacrificio, de instintiva bohemia y de previsión maternal, de trepidación y de armonía sabia; es decir, de la de ella y de él, estamos seguros de que nos daríamos cuenta de que la vida de esta pareja podría figurar en una novela de Balzac o de Pérez Galdós, llena como está de cantos líricos, de amor, de renunciación, de intimidad sublime y de sacrificio diario.

Estas cosas, ya lo sé, sólo se escriben después que los héroes están enterrados, no antes; es la costumbre. Pero yo, que he sido amigo comprensivo y devotísimo de los dos (de Camín desde sus tiempos de Cuba, y de los dos desde hace cuarenta años) y que tengo mis razones para creer que

podría "irme" antes que ellos, decidí cincelar esta pequeña estatua anticipada en honor de esa noble y armoniosa unión humana que se llama "los Camín". Y seguro de que, al leerme, miles de hombres y de mujeres de este y del otro continente me aprobarán, me aplaudirán y me lo agradecerán. En el balcón de mi atelier de artista flota hoy una banderita azul de cielo y oro de vida intensa y cotidiana, que dice: ¡Los Camín!





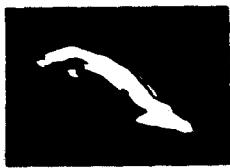
Alfonso Camín (Fundador de Norte)

Norte, Revista Hispanoamericana, publicación del Frente de Afirmación Hispanista, A.C.
Fundada en 1929 por Alfonso Camin Meana, se une a La Comisión Gestora de los Actos Pro-homenaje al poeta asturiano universal, periodista y polígrafo:
ALFONSO CAMIN MEANA, precursor de la poesía afrocubana, para que le sea otorgado el premio "Cervantes" por la academia Española de la Lengua.

Atentamente:
La Directiva del Frente de Afirmación Hispanista, A.C.



ESPEJO DE MANO. A CUBA



Aunque ya no me quieras, yo quiero
dedicarte mi amor guerrillero:
remembranzas de aquellos dolores
que sufri en las Antillas Mayores,
cuando fui guerrillero y poeta
de machete, guitarra y «cuarteta».
Y hoy que Drake de nuevo taladra
tus murallas criollas y goza
con tu Sol prisionero en su escuadra,
mi goleta sus tiempos remoza.
y, burlando los épicos rayos,
en la lámina azul de tus cayos
aparece de fiesta vestida,
más heróica de ritmo y de vida,
para hacerte el jocando poema
que retoza, retrata y requema.

El poema jovial y lascivo
que rebrinca lo mismo que un chivo
o que salta, al igual que venados,
horizontes de caña sembrados;
y esas puestas de sol habaneras
que he mirado en las grandes ojeras
de la ardiente mujer, que se asoma
a la reja y la reja se aroma;
y tal es el perfume que vuela,
que, en la tarde de rosa y canela,
la ciudad de la carne de "manga",
está oliendo a mujer y a "kananga".

Malecón habanero. Un sonoro
culebrón de monedas de oro,
que en la noche se enrosca en el cuello
la ciudad, se desata el cabello
y se pone a danzar entre sedas
y a tirar en el mar las monedas,
de tal modo, que el mar todavía
no distingue la noche y el día,
a no ser que al abrir las vidrieras,
viene el Sol a barrer las aceras,
y se llenan los viejos portales
de dril crudo y de blancos retales:
una feria de tiendas baratas
y un desfile de gentes mulatas.
Pavo real que despliega en su cola
un montón de verbena española,
o abanico de cielo y de llama
que en las noches ofrenda a una dama,
porque luzca su porte divino
en el Baile de Honor del Casino.

El armario en dos lunas embrolla
la visión de una Venus criolla
que, al ponerse una flor y unos lazos
y al alzar el marfil de sus brazos,
resplandecen sus frescas pupilas,
y el vellón de sus negras axilas,
y su cuerpo de mar que, en la playa,
entre espumas y añil, se desmaya
y se queda dormida en la arena,
como aguarda al triton la sirena:
sobre el seno en remanso, la ola,
caracol de luceros, la cola,
en los húmedos ojos, el llanto,
y en el aire, el salitre de un canto.
¡La habanera gentil, la habanera,
que es un grito de espuma en la acera!
La que huele a naranja y trapiche,
tiene pies de paloma rabiche;
y sabrosos y densos y gruesos,
como dulces de coco, los besos;
que es su boca de púrpura y nata
un refresco de piña y de horchata,
tamarindo y almendra y banano
que perfuman el aire cubano.
La mulata de fuertes caderas
que entre un grueso ciclón de pulseras,
flamboyán encendido, desata
el caudal de su risa de plata
y parece, en su alegre revuelo,
que se escapa en el aire un pañuelo.
Un rumor de maraca y marimba;
un sabor a cordial pan con timba,
que despacha el feliz bodeguero,
charlatán, diligente y cerrero,
mientras llena la tienda y la esquina
un danzón de pantuflas de China.

El sinsonte de pico de estrella,
que en la blanca ciudad se querella,
nos recuerda un amor campesino
en la azul guardarraya del trino.
Yo, que vuelvo a la edad parrandera,
jipijapa hacia atrás, guayabera,
pantalón de dril blanco, polaina,
y el machete cantando en la vaina,
ato el potro en la rústica argolla.
Por tus ojos de noche criolla,
de risueña y fatal calentura;
ese olor a guayaba madura,
a jazmín y a palmeras lejanas

a que huelen las noches cubanas
me detengo en tu casa guajira.
La guitarra en la noche delira
y recobran la lira y el clave
el vaivén de tu cuerpo de nave,
el calor familiar del bohío
y la curva redonda del río.
Cielo azul. Mucho sol. Tierra roja
y horizontes de caña y maloja.
La mañana es de añil. Pregonero
de su fruta, recorre el fruterío
la ciudad con su carro de mano:
—¡Ya me voy! ¡Platanito mansano!

Alfonso Camín Maena

LA MUERTE SONRIENTE

POEMA DE AMOR

Elsa Baroni

¿Por qué temes a la Muerte?
No, no debes temerla.
¿No ves cómo sonríen
las blancas osamentas?

¿Qué es tan sólo una mueca?
¡Por favor!, no lo creas.
Las calaveras ríen,
rían a su manera...

Ríen de las extrañas
y absurdas tonterías
con que agobia su vida
la humana fantasía.

Ellas no visten raso,
ellas no visten seda.
No hay ninguna más fea
ni ninguna más bella.

Las buscan estudiantes,
las cantan los poetas
y ellas siempre sonríen
con sonrisa modesta.

Y sus cuencas nos miran
como si nos dijeran:
"Nadie ha vuelto del mundo
vasto de la tiniebla."

No temas a la Muerte,
no debemos temerla.
¿No ves cómo sonríen
las blancas osamentas?

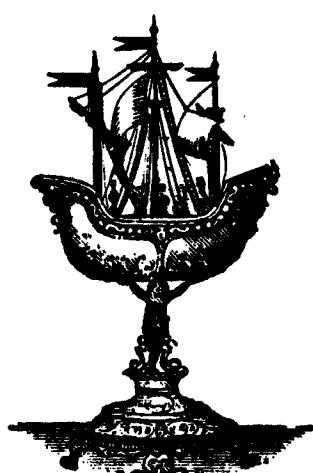
En tormentosa danza,
turbios y ensombrecidos,
los espejos quebrados
de mil rostros perdidos
se burlaban, obscenos,
de mi vana ansiedad.

Y jóvenes absurdos
con melenas teñidas,
lanzaban por sus bocas
ponzoñosas avispas,
escupiendo en mi rostro
su saliva procaz.

En púlpitos mohosos,
sacerdotes ateos,
sus palabras tan secas
como pájaros muertos,
al son de metralletas
fingían declamar.

Sentía entre mis palmas,
crispadas y entreabiertas,
las siemprevivas lúgubres,
las mariposas muertas,
y el coágulo temblante
de alguna llaga en flor.

Y hundiéndome en las fauces
del horrible extravío
llagada por las ascuas,
histérica de frío,
buscaba enardecedida
la imagen del Amor!



Artes Plásticas

FELICITY RAINNIE

